

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La Iglesia quiere y pide que se aunen los pensamientos y las fuerzas de todas las clases para poner remedio, el mejor que sea posible á las necesidades de los obreros, sobre todo con instituciones Católico-Sociales permanentes y Sindicatos.
LEÓN XIII, Encíclica Rerum novarum y Pío X encíclica, 11-VI-905, etc.

(OBRAS, NO PALABRAS)

«Todas nuestras Encíclicas responden á procurar el bienestar del pueblo y á que éste aprenda sus derechos y deberes y á dirigirse á sí mismo.

León XIII al General de los franciscanos, Carta 25 Noviembre de 1898.

ÓRGANO :: QUINCENAL

DE LA ACADEMIA CATÓLICA DE CUESTIONES SOCIALES Y DE SUS SINDICATOS OBREROS

PARA LOS OBREROS
SE REPARTE GRATUITAMENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: P. MARIANO SANZ, 12
Horas: de 5 á 11 noche y de 10 mañana á 11 noche los días festivos

PARA LOS BIENHECHORES
100 ejemplares, 1'50 ptas.

CON CENSURA ECLESIASTICA

Amor á la Santa Iglesia

II

A las quejas amorosas de la Iglesia, incansables hace ya tanto tiempo, también hace tiempo responde desde las más bajas capas sociales con crecientes insultos y soeces blasfemias la revuelta hez de los pueblos; y responde desde las esferas más elevadas la fina y diplomática cuanto escéptica y despreciativa sonrisa de los que consideran á toda la jerarquía eclesiástica y al clero todo, como uno de tantos elementos humanos con que hay que contar todavía para suavizar un tanto el engranaje del complicado mecanismo gubernamental, de los que no pocas veces se acercan á dar á la Iglesia en ambas mejillas el beso de paz, logrando así con la señal traidora poderle entregar mejor á la bafa y los furros de sus más encarnizados enemigos.

La clase media participa no poco de ambos extremos, según se acerca más al uno ó al otro, y atemorizada por sordas amenazas que suben de abajo, y por la enorme presión de leyes y tributos y arbitrarios procedimientos que vienen de arriba, aunque algún amor como instintivo conserva aún á su Madre la Iglesia, no se atreve á manifestarlo en público; y aunque á veces se atreva, las filiales expansiones de este amor, por falta de dirección y cohesión en los fieles, no logran mejorar un punto la afictiva situación de la Madre.

Este temor, que ya Gregorio XVI señalaba como el mal característico de los católicos de su tiempo, es en la actualidad enfermedad endémica, estado habitual de la mayor parte; y esto basta á explicar el abandono en que yace la Iglesia; así como la casi general complicidad con sus enemigos, fruto maldito de dicho temor, nos da la clave de los fáciles y casi universales triunfos de la impiedad sectaria.

Vos autem non stc. Pero vosotros no habeis de ser así, diremos á los verdaderos católicos. Ese temor es lo

primero que debeis desterrar de vuestros corazones, pues donde él reina es imposible que reine el amor á la santa Iglesia. ¡Ah! por cuanto hay de más sagrado en el cielo y en la tierra, entendámoslo de una vez, para no cooperar nunca ni con nuestro silencio, á las manifiestas ó tenebrosas maquinaciones masónicas.

La Revolución, inspirada por Satanás su padre, aspira á la destrucción completa del reinado de Jesucristo, y como sabe que no lo logrará mientras tenga en el mundo su Iglesia, se afana por destruir su Iglesia, y como ve con toda evidencia que habrá Iglesia mientras haya jerarquía y sacerdocio católico, asesta sus más formidables baterías contra los baluartes que forman la trabazón del gran alcazar de la verdad, y, sobre todo contra su incommovible fundamento. El sacerdocio instituido por Cristo es por excelencia el blanco de las asechanzas, de las vejaciones, de las persecuciones más arteras, más brutales y más incansables en todas las latitudes en que ha llegado á preponderar la masonería; y los intentos que esta concibe en los antros de sus logias se formulan ya sin rebozo á la luz del sol, y lo que más es, se llevan á cabo con un aplomo y seguridad capaces de desconcertar toda prudencia humana.

El H. Franz-Faider, eco de esos antros infernales vocifera: «La Iglesia que tiene su cabeza en Roma y sus brazos por todas partes, tan formidable por su disciplina y sus riquezas, esa infame renace más vigorosa, más intolerante, más rapaz y más hambrienta que nunca».

Esto enfurece á los sectarios é imitadores de Luzbel, que han publicado tantas veces la partida de defunción de la Iglesia. De ahí que estén siempre decretando su muerte como en la famosa instrucción masónica esparcida hace años á los cuatro vientos, en que se decía: «Nuestro intento final es el de Voltaire y de la Revolución francesa: el aniquilamiento para siempre jamás del catolicismo y basia de la idea cristiana, que si quedare en pie sobre las ruinas de Roma, lo llegaría á perpetuar más tarde».

Para lograr este insensato fin, to-

dos los medios son buenos: el sectario lo sabe, y sabe también que nada mata más á las instituciones y á los hombres que el descrédito. Pone, pues, manos á la obra, y desde las cátedras universitarias, desde las tribunas de los parlamentos ó de los clubs, desde las columnas de periódicos ó pornográficamente burlescos ó maquiavélicamente serios, desde los salones más artísticos y aristocráticos, como desde los burdeles más inmundos y desde el mismo escenario de teatros sin pudor, arroja cieno y más cieno sobre el sacerdocio, y pone en perpetua caricatura á los Obispos y al Papa.

P. J. A.

Se suplica la circulación de este periódico como lectura de propaganda católica.

Un rato de conversación

LA ASOCIACIÓN

—¿A donde bueno, Matías?

—Pues mira, tenemos junta y no puedo faltar.

—¿Ah, sí! La sociedad!

—¿Acaso te parece mal que estemos asociados los de nuestro oficio?

—Allá vosotros, pero á mí no me pescan; no quiero asociarme; el buey suelto bien se lame; quiero ser independiente; y como dicen, á lo tuyo, tú.

—¿Hombre, vas á dejar tamañito á Sancho Panza con tantos refranes!

—Los refranes son la sabiduría popular.

—Y á veces la tontería, Silvestre.

—¿Querrás suponer que yo ganaría algo con formar parte de ese sindicato que habeis constituido?

—Yo creo que sí, amigo Silvestre. Cuando ahora entras á trabajar en un taller de guarnicionería no sabes tú hasta qué punto el patrono será fiel á las condiciones que habeis fijado. Podría suceder muy bien que te rebajase el salario y te obligase á trabajar más horas, ó faltase de otra cualquier manera á lo pactado.

—Verás... podría ser... pero... no lo creo.

—Reconoces, sin embargo, que po-

dria ser, y si no es, puedes darle muchísimas gracias al patrono, puesto que vuestro contrato no es tal, sino que él puede hacer lo que mejor le parezca, y tú, en cambio, no cuentas con ninguna garantía de que se cumpla lo acordado.

—Hay que confiar en que el patrono será una personal formal.

—Sin duda pero no todos los patronos son formales, sin excepción. Los habrá que serán egoístas, duros, explotadores, desconsiderados; y no sólo lo supongo, sino que lo afirmo; de igual manera que hay trabajadores buenos y malos, y políticos y estudiantes, y de todo.

—Eso ya lo sabemos.

—Pues, por lo mismo que lo sabemos, debemos procurar ponernos á cubierto de las arbitrariedades de un patrono de mal género, y para eso nos asociamos, para que se nos tenga respeto y se cumpla el contrato.

—También se podrian asociar ellos.

—Y así lo hacen, sin que se les pueda echar en cara. En su derecho están. Como nosotros en el nuestro,

—El gobierno tendria que intervenir cuando el patrono me obliga á un trabajo excesivo ó no me da el salario que tengo bien ganado.

—Déjate de gobiernos: ni lo hacen, ni hay que irles de continuo con que se metan en cuestiones que podemos resolver perfectamente nosotros mismos mediante el derecho de coalición. Además, ¿cómo va ningún gobierno á preverlo todo ni á suprimir total y definitivamente los abusos del capitalismo?

—Me sorprende verte hablar en estos términos, pues eres hombre religioso, ordenado, pacífico, laborioso...

—¿Te sorprende? Pues qué te creías? ¿Que nosotros somos unos borregos que decimos amén á todo y que estamos á la absoluta disposición de los patronos para que hagan lo que mejor les convenga? Cá, Silvestre. Nosotros somos tan sindicalistas como puedan ser los otros; lo que hay es que nuestras coaliciones ó asociaciones están ajustadas á las normas trazadas por la Santa Sede, y en este concepto no solamente nuestro sindi-